



principales magistrados de Cartago, los *suffetas*, recuerdan visiblemente á los *suffetim*, ó jueces de los hebreos.

No solamente la lengua, sino tambien el carácter, señalaba á los púnicos como descendientes de los cananeos. Los cartagineses, como los fenicios, de donde procedían, dice un escritor de nuestros días, parecen haber sido un pueblo triste y duro. En Cartago tambien la religion era atroz, y encargada de terribles prácticas. En las calamidades públicas, los muros de la ciudad estaban cubiertos con una tela negra. Cuando Agatocles sitió á Cartago, la estatua de Baal, enrojecida por el fuego interior que constantemente se alimentaba, recibió en sus brazos hasta doscientos niños, y trescientas personas se arrojaron tambien en las llamas. En vano fué que Gelon, vencedor, les prohibiese inmolar víctimas humanas; la Cartago romana tambien en tiempo de los emperadores continuaba secretamente estos afrentosos sacrificios.

Cartago representaba su metrópoli, pero con inmensas proporciones. Colocada en el centro del Mediterráneo, dominando las costas de Occidente, oprimiendo á su hermana Útica y á todas las colonias fenicias de Africa, mezcló la conquista con el comercio, se estableció por todas partes á mano armada, fundando factorías á pesar de los indígenas, imponiéndoles derechos y aduanas, forzándoles, ya á comprar, ya á vender. Hacia ahogar á todos los extranjeros que traficaban en Cerdeña y hacia las columnas de Hércules; prohibía á los sardos cultivar la tierra bajo pena de la vida (1).

Se puede comprender por esto cuál hubiera sido la suerte de la humanidad si la raza de Canaan hubiera llegado á ser para siempre la dueña de ella. Gracias á Dios, el país de Canaan, que vino á ser la Judea, será la salvacion del mundo.

(1) Michelet, *Historia romana*, lib. II, c. III.

CAPITULO IV

Reparticion de la tierra de Canaan.—Patrimonio de las tribus de Ruben, de Gad y de la primera mitad de la tribu de Manassés.—Porcion de Judá, de Efraim, de Caleb; destruccion de los gigantes.—Carros armados usados en la guerra.—Los veintiun enviados.—Particion de la tierra correspondiente á las siete restantes tribus.—El bálsamo de Jericó.—Herencia de Josué.—Ciudades de refugio.—Ciudades levíticas.

Habiendo realizado Josué la conquista de la tierra de Canaan en su mayor parte, el Eterno le dijo: «Tú eres ya viejo y avanzado en edad, y faltan todavía muchas tierras que conquistar, á saber: el país de los filisteos, dividido en cinco principados, Gaza, Azot, Ascalon, Geth y Accaron; la Fenicia, comprendiendo en ella á Sidon; las regiones del Líbano, desde Baalgad, debajo del monte Hermon, hasta la entrada de Emath ó de Emesa.» Dios promete expulsar tambien á estos pueblos más tarde. Si no lo hizo entonces, es porque los hijos de Israel no eran todavía bastante numerosos para ocupar todos estos países; es porque quería que sus descendientes se ejercitasen igualmente en la guerra; era, en fin, para experimentar si eran fieles en ejecutar las órdenes que habia dado á sus padres por medio de Moisés (1). Así es como la Escritura se explica en otra parte. Dios mandó, pues, á Josué repartir estas tierras con las demás ya conquistadas.

Esta reparticion no se referia más que á nueve tribus y á la mitad de una. Las tribus de Ruben, de Gad y la mitad de la de Manassés tenían ya su parte al otro lado del Jordan; Ruben, el grueso del reino de Hesebon, separado del país de Canaan por el Jordan, al Occidente; del país de los madianitas, por las montañas, al Oriente; del país de los moabitas, por el torrente Armon, al Mediodía; y confinando al Norte con la tribu de Gad. En esta particion de Ruben se encontraba la montaña de Abarim, desde cuya cima Moisés contempló la tierra pro-

metida antes de morir, y el valle de Moab, en donde fué sepultado. Gad tenia el resto del reino de Hesebon, con la mitad del país de Galaad, y se extendía por un lado á lo largo del Jordan hasta el mar de Genesareth, mientras que por el otro confinaba con el país de los ammonitas, del cual estaba separado por el torrente de Jacob. El nombre de Galaad, ó Monton del Testimonio, fué dado á todo este país montañoso, porque en él se encontraba el monton de piedras que Jacob y Laban levantaron para testimonio, delante del Señor, de la alianza que acababan de contratar los dos.

Allí estaba tambien Mahanaim, ó el campo, porque Jacob, á su vuelta á Mesopotamia, volvió á encontrar allí el campo de Dios, es decir, sus ángeles; Fanuel, ó cara de Dios, porque este patriarca vió allí á Dios cara á cara en aquella misteriosa lucha, de donde le vino el nombre de Israel, ó fuerte contra Dios. Cerca de este lugar le salió al encuentro su hermano Esaú y se abrazaron llorando. La mitad de la tribu de Manassés tenia el resto del país de Galaad, con todo el reino de Basan. Desde la parte meridional del lago Genesareth se extendía, al Occidente y al Norte, hasta más allá de las fuentes del Jordan, en las montañas de Hermon ó del Líbano; al Oriente, tocaba con la tierra de los ammonitas y con la Arabia. Todos estos países eran extremadamente fértiles en pastos; sólo el nombre de Basan lo indica, porque significa craso. Así por esto Moisés habla en su cántico, de los carneros de Basan (1), y Salomon, en su

(1) Judic., 3, 1 y 4.

(1) Deut., 32, 14.



cantar de los cantares, pondera la belleza de los ganados de Galaad (1). En esta tribu, sobre las orillas del mar de Genesareth, ó de Tiberiades, estaban la ciudad y la region de los geraseneos, en donde Cristo sanó á dos posesos y permitió á los espíritus impuros que les habian atormentado situarse en un rebaño de cerdos; Corosaim, en donde hizo igualmente muchos milagros; más lejos, en las montañas de Galaad, la ciudad de Pella, adonde los cristianos se retiraron, durante el sitio de Jerusalem por Tito.

En cuanto á las tribus restantes, el gran sacerdote Eleazar, Josué, hijo de Nun, y los príncipes de las familias de Israel se reunieron en Gálgala para repartirles la tierra de Canaan.

Entonces los hijos de Judá se presentaron á Josué, y Caleb, hijo de Jefoné Cenezeo, le habló: «Tú sabes lo que el Señor dijo acerca de mí y de tí á Moisés, hombre de Dios, en Cades-Barne. Cuarenta años tenia yo cuando me envió Moisés, siervo del Señor, desde Cades-Barne á reconocer la tierra, y le referí lo que me parecia verdad. Mas mis hermanos, que habian subido conmigo, hicieron desmayar el corazón del pueblo; con todo eso yo seguí al Señor Dios mio. Y juró Moisés en aquel día, diciendo: La tierra que holló tu pié será tu posesion y la de tus hijos perpétuamente; por cuanto has seguido fielmente al Eterno. El Señor me ha concedido vida hasta el día presente, como me lo prometió entonces. Cuarenta y cinco años há que el Señor dijo esta palabra á Moisés, cuando andaba Israel por el desierto. Hoy tengo ochenta y cinco años, con tan robusta salud, como la que tenia en aquel tiempo cuando fui enviado para reconocer esta tierra; el vigor de aquella edad se conserva en mí hasta hoy, tanto para combatir, como para caminar. Dame, pues, este monte que me prometió el Señor, oyéndolo tambien tú, en el que están los enaceos, y hay ciudades grandes y fuertes; espero que el Señor estará conmigo, y podré exterminarlos, como me lo prometió.» Josué bendijo entonces á Caleb, deseándole un feliz éxito, y le dió á Hebron por herencia (2).

(1) Cant., 6, 4.

(2) Josué, 14, 6-15.

Esta ciudad era muy antigua; habia sido fundada siete años antes de Tanis, en Egipto. Se llamaba antes Cariath-Arbé (1), ó ciudad de Arbé, del nombre de un hombre famoso entre los enacimes ó gigantes, en la cual estaba enterrado. Arbé era el padre de Enaco, cuyos descendientes son los enacimes. Era esta una raza de gigantes. Josué habia exterminado ya muchos; los restantes se habian refugiado en Gaza, Geth y Azot; pero tres de los más valientes, Sesai, Ahiman y Tholmai, volvieron á entrar en Hebron, y se fortificaron en ella. Caleb les arrojó de nuevo.

Los gigantes de la raza de Enaco no son los únicos de quienes habla la Escritura; ya en tiempo de Abraham nos muestra á Codorlahomor y sus aliados, batiendo los rafaimitas á Asaroth-Carnaim, ciudad que cupo en suerte á la tribu de Manassés. Dios promete á este patriarca darle el país de los rafaimitas. Og, rey de Basan, fué el último de esta raza; era tan grande, que muchos años despues se enseñaba su lecho de cobre en Rabbath, capital de los ammonitas; este lecho tenia nueve codos de longitud y cuatro de latitud. Los nueve codos equivalen á quince piés cuatro pulgadas y media, de lo cual se desprende que Og era de una talla verdaderamente gigantesca. Moisés nos habla tambien de otro pueblo que habitaba al Oriente del mar Muerto (2); llamábase Emim, y habiendo Dios entregado su país á los moabitas, los emimes fueron deshechos y exterminados. Eran numerosos y fuertes, y de tan colosal estatura, que se les hubiera podido confundir con los hijos de Enaco y con los rafaimitas. Hé aquí todavía un pueblo entero de gigantes que habian sido exterminados antes de los tiempos de Moisés; su recuerdo estaba aún reciente, puesto que Moab, padre de los moabitas, no nació sino trescientos veinticinco años antes de Moisés; y antes que los moabitas estuviesen en estado de emprender la guerra contra los emimes, fué necesario que trascurriesen por lo ménos ciento cincuenta ó doscientos años. Los ammonitas, hermanos de los moabitas, acometieron se-

(1) Núms., 13, 23.

(2) Deut., 2.



gun parece hácia la misma época á otra raza de gigantes llamados Zuzimes ó Zomzomimes; eran fuertes y numerosos, y de una estatura igual á la de los hijos de Enaco; su país pasaba por un país de gigantes ó de rafaimitas. Así pues, habia tres razas de gigantes al otro lado del Jordan: los rafaimitas, al Norte; los emimes, al Mediodía; y los zomzomimes, entre unos y otros. Habia tambien rafaimitas del lado de acá del Jordan. Distingúense dos razas: los unos eran hijos de Enaco, ó Enacimes, cuyo asiento principal era Hebron y sus cercanias; los otros, llamados simplemente rafaimitas, ó hijos de Rafa, habitaban en la ciudad de Geth; Goliath era de este número. En fin, Dios dijo por boca de Amós, hablando de la conquista del país de Canaan, realizada por los hebreos: «He exterminado delante de ellos al Amorreho, cuya altura era la de los cedros, y fuerte como las encinas (1).» Hé aquí, pues, muchas razas de monstruosa estatura y de un carácter sin duda semejante á su talla.

En las antiguas tradiciones de Grecia y de Roma, anteriores á los tiempos históricos, se ve aparecer igualmente una raza extraordinaria, los pelasgos; raza tambien proscrita y perseguida en todo el mundo, ya por los hebreos, ya por los bárbaros. Muchos siglos antes de nuestra era los pelasgos dominaban todos los países situados sobre el Mediterráneo, desde la Etruria hasta el Bósforo. En la Arcadia, la Argólida y el Atica, en la Etruria y el Latium, y tambien en España, han dejado indestructibles monumentos; estos son muros formados por enormes pedruscos que parecen hacinados por el brazo de los gigantes. Estas obras son llamadas, por el nombre de una tribu pelásgica, *ciclópeas*. Brutos é informes en el circuito de Tiryntó, en las construcciones de la Arcadia, de la Argólida y del país de los hernicas, estos monstruosos peñascos toman la forma cuadrada en las construcciones aparentemente más modernas de las ciudades etruscas. Estas eternas murallas han recibido indiferentemente todas las generaciones en su recinto, ninguna revolucion las ha conmovido. Firmes como mon-

(1) Amós, 2, 9.

tañas, parecen sostener con irrision las construcciones de los romanos y de los godos, que cada día se desploman á sus piés. Sin embargo, esta raza gigantesca, esparcida en tantas regiones, desaparece completamente en la historia; sus diversas tribus, ó perecen, ó se funden con las demás naciones, ó por lo ménos pierden sus nombres. No hay ejemplo en la historia de una tan completa ruina. Una inexplicable maldicion va unida á este pueblo; todo lo que sus enemigos nos cuentan es nefasto y sangriento. Así es como un escritor de nuestros días resume las antiguas tradiciones sobre los pelasgos (1). Notemos que uno de los antepasados más famosos de este pueblo extraordinario se llamaba Inaco, nombre que es casi lo mismo que Enac ó Enaco.

Despues de haberse apoderado de Hebron y de haber expulsado á los últimos enacimes, Caleb subió hácia Dabir, que antes se llamaba Cariath-Sefer, ó ciudad de los libros, de los archivos; quizá fuera esta como el colegio y la academia en donde se enseñaban las letras entre los cananeos; quizá hubiera tambien allí antiguos archivos en donde desde los tiempos del diluvio se habia acostumbrado á reunir todos los monumentos literarios. Josué se habia hecho ya dueño de ella; pero es probable que despues de su regreso á Gálgala volvieran á entrar en ella los habitantes que la habian abandonado. Caleb dijo entonces: «El que hieira á Cariath-Sefer y la tomare, le daré á Axa mi hija por esposa.» Othoniel, hijo de su hermano Cenez (2), por consiguiente sobrino suyo, la tomó, y Caleb le dió á su hija con una tierra que se regaba por la parte de arriba y por debajo (3).

La herencia particular dada á Caleb, uno de los príncipes de Judá, dejaba entrever perfectamente que la porcion general de esta tribu caería de este mismo lado. Esta parte fué la primera que salió en suerte, y la más grande. Estaba limitada al Mediodía por el Egipto y la Idumea; al Oriente por el Mar Muerto en toda

(1) Michelet, *Historia romana*, lib. I, c. III. Petit-Radel, *Monumentos ciclópeos*.

(2) Este es el sentido del griego.

(3) Josué, 15, 13 y 19.



su longitud; al Norte, se extendía por una línea bastante estrecha desde la embocadura del Jordan, en este mar, hasta Jerusalem, y desde allí hasta Jebneel, ó Jabnia, sobre el mar Mediterráneo, llamado el Gran Mar, que al Occidente le servía de frontera hasta Egipto. Comprendía nueve ó diez de los reinos conquistados por Josué, con todo el país de los filisteos. Contábanse en él 112 ciudades; era esta parte por lo ménos la cuarta del país de Canaan. Aunque la tribu de Judá se hizo cada vez más numerosa, su parte se encontró, sin embargo, muy grande, y veremos á otras dos tribus, Simeon y Dan, que reciben allí la suya.

Lo más notable que había en esta vasta herencia de la tribu de Judá ó en la de Judea, nombre que viene á hacerse comun á toda la tierra prometida, era, al Occidente, el país de los filisteos, cuyo nombre de Palestina ha venido á ser igualmente comun á toda la tierra de Canaan. Despues de la muerte de Josué, Judá tomó las principales ciudades, Gaza, Ascalon y Accaron; pero no pudo destruir á los habitantes de la llanura, porque tenían un gran número de carros armados con hoces. Los filisteos volvieron á tomar estas ciudades más tarde, se mostraron continuamente enemigos de Israel, y no fueron sometidos y hechos tributarios sino bajo David. Al Mediodía de la Judea estaba Bersabée, ó el pozo del Juramento, antigua estancia de Abraham, de Isaac y de Jacob. Era entonces una ciudad. Más lejos, en el desierto del Sur, se encontraba el pozo del Viviente, ó del que ve, por otro nombre el pozo de Agar. Al Oriente, y á lo largo del mar Muerto, ó mar de Sal, se veían las ruinas de Sodoma y de Gomorra con la caverna de Lot. Volviendo á entrar en medio de las tierras, se encontraba Hebron con el encinar de Mambré, en donde Abraham había recibido á los celestes huéspedes, y desde donde había visto las humeantes ruinas de la Pentápolis. Allí habían nacido Isaac é Ismael; allí también estaban sepultados en la cueva de Macfelah, Sara, Abraham, Isaac, Rebeca, Jacob y Lia. Entre las 112 ciudades de la tribu de Judá, no estaba incluida una pequeña, que debía, sin embargo, llegar á ser la más célebre, porque de ella debía salir el

salvador de Israel: esta era Bethlehem. En ella nacerá David, el salvador temporal de su pueblo; en ella nacerá Cristo, salvador eterno de todos los pueblos. En el camino de Bethlehem á Jerusalem se veía el sepulcro de Raquel, la muy amada esposa de Jacob, la madre de José y de Benjamin. Jerusalem formaba el límite entre Benjamin y Judá. La ciudad misma con el monte Moriah, en donde Isaac había sido ofrecido en sacrificio y en donde Cristo debía serlo un día, Benjamin la tendrá en herencia. El monte Sion, la ciudad de David, son de la herencia de Judá. Y en los últimos días, dice el hijo de Amós, el monte de la casa del Señor será fundado sobre la cima de los montes y se elevará sobre las colinas; todas las naciones afluirán á ella. Y la muchedumbre de los pueblos irá diciendo: «Venid, subamos al monte de Jehová, á la casa del Dios de Jacob, y él nos enseñará sus caminos, y marcharemos en sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y la palabra de Jehová de Jerusalem. Juzgará entre las naciones, y recobrará muchos pueblos. Y convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces. La nación no levantará más su espada contra la nación, y no se ejercitará más tampoco en los combates. Casa de Jacob, ven, y marchemos á la luz de Jehová (1).»

Despues de la tribu de Judá, que á la muerte de Jacob había recibido las bendiciones principales, la primera parte cayó en suerte á la casa de José, es decir, á la tribu de Efraim y á la mitad de la tribu de Manassés. Este segundo lote parecía extenderse sobre el Mediterraneo, desde la frontera de los filisteos hasta las de la Fenicia; del lado opuesto iba estrechándose un poco hasta el Jordan. Los hijos de José se dirigieron á Josué, que era de entre ellos, y le dijeron: «¿Por qué nos has dado una sola suerte y una sola parte, siendo así que somos un pueblo tan numeroso, y que el Señor nos ha dado su bendición?» A los cuales dijo Josué: «Si sois un pueblo numeroso, subid á la selva y cortad los matorrales y la espesura en la tierra de los fereceos y de los rafaimitas, puesto que

(1) Isaias, cap. II.



el monte de Efraim es muy angosto para vosotros.» Los hijos de José insistieron: «No podremos subir á las montañas, puesto que usan de carros armados de hierro los cananeos que habitan en la llanura donde está Bethsan con sus hijas ó sus subordinadas, y Jezrael, que ocupa el medio del valle.» No era, pues, porque su parte fuese muy pequeña, sino porque era necesario acabar de conquistarla á terribles enemigos. Así, Josué, aunque fué de la tribu de Efraim, no les escuchó, sino que insistió diciendo: «Sois un pueblo crecido y de grande fortaleza; no os contentareis con una sola suerte, sino que ireis al monte y os extendereis cortando árboles y descuajando los bosques, y podreis pasar más adelante cuando hubiéreis destruido á los cananeos, que decís tienen carros armados de hierro y que son muy fuertes (1).»

Aquí es por primera vez donde hace mención la Escritura de los carros guarnecidos de armas cortantes (2). Estos eran en la antigüedad las máquinas de guerra más terribles que se conocían. Su forma era muy variada, y se hallan muchas y muy diversas descripciones. Diodoro nos les pinta de esta suerte: «El yugo de cada uno de los troncos que arrastraban el carro estaba armado de dos puntas, cuya longitud era de tres codos, y en dirección del enemigo; en el eje del carro había sujetas otras dos piezas y en la misma dirección que las primeras, pero mucho más largas, y armadas de hoces en sus extremidades (3).» Los carros de que nos habla Quinto Curcio tenían algo más; la extremidad de la viga estaba armada de picas con puntas de hierro, el yugo tenía por los dos lados tres especies de dagas ó puñales, entre los rayos de las ruedas había varios dardos que salían por la parte de afuera, y las llantas de las mismas ruedas estaban guarnecidas de hoces que destrozaban cuanto á su alcance se ponía (4). Algunas veces, las hoces que estaban al eje del carro giraban por medio de un resorte y destruían de esta suerte cuanto encontraban en la

(1) Josué, 17, 14 y 18.
(2) *Ibid.*, 17.
(3) Diod., 1, 17.
(4) Quinto Curcio, 1, 4.

esfera de su movimiento giratorio. Con esto ya no hay por qué admirarse que las tribus de Efraim y de Manassés creyeran difícil triunfar de tan terribles máquinas. Parece, sin embargo, que pusieron en práctica el consejo de Josué, y que en lo sucesivo llegaron á conquistar todas sus posesiones.

En la tribu de Efraim se halla Joppe, famoso puerto de mar sobre el Mediterraneo. En él se embarcó el profeta Jonás cuando huía de la presencia del Eterno por no ir á anunciar la destrucción de Ninive. Allí es donde San Pedro resucitó á la viuda Tabitha; de allí fué llamado á Cesárea para recibir en la Iglesia cristiana las primicias del gentilismo, en la persona del centurion Cornelio. Cesárea, edificada en tiempo de los romanos, era también un puerto de mar, á tres jornadas de Joppe, hácia el Norte. Entre estas dos ciudades se halla situada la llanura de Saron, tan famosa por su extraordinaria fertilidad. Todavía hoy los peregrinos de Europa que desembarcan en Joppe, actualmente Jaffa, para visitar á Jerusalem, que está á una jornada de camino, encuentran aquella llanura cubierta en la primavera de las más hermosas flores, de tulipanes, rosas de variados colores, narcisos, anémonas, lirios blancos y amarillos, alelies y una especie de siempreviva muy odorífera. Produce todo esto espontáneamente, y á pesar del abandono en que se encuentra, por efecto del despotismo de los turcos. Júzguese por aquí lo que ha debido ser y lo que podría ser aún con el cultivo del hombre libre.

Saliendo de Joppe, hácia el Nordeste, se encuentra á Siquen, primera mansión de Abraham cuando llegó á aquel país. Allí es donde, apareciéndosele el Señor, le dijo por primera vez: «A tu posteridad daré esta tierra (1).» Jacob había también vivido allí en la posesión que compró por cien corderos, y que dejó en herencia á su hijo José. Esta ciudad se llamó despues Sichar. Muy próximo á ella estaba el pozo de Jacob, cerca del cual Jesucristo conversó con la Samaritana. Veíanse allí también en sus cercanías las montañas de Hebal y de Garizim, donde había sido nuevamente promulgada la

(1) Génesis, 12, 6.